

City University of New York (CUNY)

CUNY Academic Works

Graduate Student Publications and Research

CUNY Academic Works

2010

La fábula y la vida: el vigilante Rosendo Tello

Almudena Vidorreta
CUNY Graduate Center

[How does access to this work benefit you? Let us know!](#)

More information about this work at: https://academicworks.cuny.edu/gc_studentpubs/14

Discover additional works at: <https://academicworks.cuny.edu>

This work is made publicly available by the City University of New York (CUNY).
Contact: AcademicWorks@cuny.edu

TURIA. Revista Cultural

N.º 96. Noviembre 2010 – Febrero 2011. 10 €

Fundador y Director: Raúl Carlos Maicas

Consejo de Redacción: Aurora Cruzado, Juan Antonio Tello y Jesús Vilhel

Secretario de Redacción: Eduardo Suárez

Administración y suscripciones: IET. Amantes, 15, 2º. 44001 Teruel
Tel.: 978 61 78 60. Fax: 978 61 78 61
e-mail: ietuolenses@dpteruel.es
página web: www.arce.es

Edición patrocinada por: Instituto de Estudios Turolenses de la Diputación de Teruel, Ayuntamiento de Teruel y Gobierno de Aragón. Con la colaboración de la Caja de Ahorros de la Inmaculada y la Fundación Aguas de Valencia

I.S.S.N.: 0213-4373

Depósito Legal: Z-977-85

Imprime: INO Reproducciones, S.A.

Polígono Malpica-Santa Isabel

Calle E (Inbisa II) nave 35 - 50016 Zaragoza

TURIA no comparte necesariamente las opiniones vertidas en los escritos publicados en sus páginas, que son responsabilidad de sus autores. TURIA acepta para su consideración cuantos originales le sean remitidos, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre los mismos ni a su devolución. Todos los textos que se editan en cada número son inéditos.



TURIA

96

Sumario

Letras

<i>José Lezama Lima en su centenario.</i> Manuel Neila	9
<i>Los diversos tonos de una misma voz. Claves del universo narrativo de Javier Marías.</i> Ana Rodríguez Fischer	27
<i>Diario Jaramillo Agudelo: la poesía tiene la palabra.</i> Martín Rodríguez-Gaona	37
<i>Natsume Soseki, escuchar el rumor del mundo.</i> Isabel Núñez	53

Taller

<i>El desconcierto.</i> Manuel Gutiérrez Aragón	65
<i>La mejor parte de los hombres.</i> Tristan García	73
<i>El aplauso de los niños.</i> Alfredo Castellón	76
<i>Cáscara amarga.</i> Cristina Grande	81
<i>Agente Chozas.</i> Elifio Feliz de Vargas	87
<i>Aforismos.</i> Ramón Eder	101
<i>Hombre en azul.</i> Óscar Curieses	103
<i>De animales.</i> Isabel González González	106

Poesía

<i>Una lengua bastarda y una imagen gris. La poesía de Abbas Beydoun.</i> Luz Gómez García	117
<i>José Viñals: «el semen, la mierda, la espiritualidad, la gracia».</i> Nota previa y antología de textos de Andrés Fisher y Benito del Pliego	128
<i>Poemas de:</i> Luis Antonio de Villena, Jesús Ferrero, Antoni Marí, Antonio Lucas, Roger Wolfe, José Luis Reina Palazón, Antonio Moreno, Fernando Aínsa, Máximo Cayón Diéguez, Roger Santiviáñez, Ángel Rodríguez Abad, Raúl Herrero, Luisa Miñana, Sara Toro, Ángel Sobreviela. Maribel Hernández del Rincón	139

Pensamiento

<i>¿Ha llegado Europa al final?</i> Ignacio Sotelo	167
--	-----

Cartapacio: Miguel Labordeta

<i>El poeta que oía en lo hondo de las aguas las voces de los muertos.</i> Alfredo Saldaña y Antonio Pérez Lasheras	181
<i>El pensamiento en la poesía de Miguel Labordeta.</i> Jesús Ferrer Solá	200
<i>Miguel Labordeta: el ojo del faro.</i> Clemente Alonso Crespo	209
<i>Claves simbólicas en la poesía de Miguel Labordeta.</i> Fernando Romo Feito	216
<i>Tiempo de elegías. Miguel Labordeta y las artes plásticas.</i> Chus Tudelilla	228
<i>Labordeta, escenarios y pantallas.</i> Pablo Pérez Rubio	234
<i>Un golpe de dados. Miguel Labordeta y la música.</i> Gabriel Sopena	242
<i>Testimonios:</i> Túa Blesa, José Luis Calvo Carilla, Ignacio Escuin Borao, Fernando Ferreró, Emilio Gastón, Ángel Guinda, Raúl Herrero, Ángela Labordeta, Miguel Ángel Longás, José Enrique Serrano Asenjo, Jesús Soria Caro	249
<i>Miguel Labordeta: bibliografía.</i> Inmaculada Cantín Luna y Matilde Cantín Luna	314
<i>Biocronología de Miguel Labordeta.</i> Antonio Ibáñez	335

Conversaciones

<i>Luis Landero, la literatura como sentido último de la vida.</i> Fernando del Val	345
<i>Enrique Vila-Matas, una voz en la sombra.</i> Francisco Luis del Pino Olmedo	360

La isla

<i>La mano sobre los ojos.</i> Raúl Carlos Maicas Ilustraciones de Isidro Ferrer	375
---	-----

Sobre Aragón

<i>La fábula y la vida: el vigilante Rosendo Tello.</i> Almudena Vidorreta Torres	387
---	-----

Cuadernos turolenses

<i>Andrés Marín y Esteban (1843-1896). I. La voz que triunfó en el frío.</i> Juan Villalba Sebastián	397
--	-----

La Torre de Babel

Carlos Fortea: <i>Cuentos completos.</i> Thomas Mann	411
Manuel Arranz: <i>Eugene Pickering.</i> Henry James	412
Manuel Neila: <i>El placer de odiar.</i> William Hazlitt	413
David Río: <i>Tierra desacostumbrada.</i> Jhumpa Lahiri	415
Juan Villalba Sebastián: <i>La saga/fuga de J.B. Gonzalo</i> Torrente Ballester	418
Fernando Valls: <i>Historias del otro lugar. Cuentos reunidos (1982-2004).</i> José María Merino	420
Pedro M. Domene: <i>El amor verdadero.</i> José María Güelbenzu	422
Rafael Suárez Plácido: <i>La ciudad desplazada.</i> José María Couget	425
Ismael Grasa: <i>Tiempo de vida.</i> Marcos Giral Torrente	428
Ignacio Escuin Borao: <i>El mes más cruel.</i> Pilar Adón	430
Javier Goñi: <i>La pirueta.</i> Eduardo Halfon	432
Patricia Esteban Erlés: <i>El menor espectáculo del mundo.</i> Félix J. Palma	434
Juan Bonilla: <i>El anorak de Picasso.</i> José Antonio Garriga Vela	437
María José Furió: <i>Historia del pelo.</i> Alan Pauls	440
Luis García: <i>Los líquenes del sueño.</i> Ángel Olgoso	443
Eduardo Moga: <i>Don.</i> Antonio Simón	446
Miguel Serrano Larraz: <i>La herida es el comienzo.</i> Miguel Ángel Ortiz Albero	448
Javier Goñi: <i>100 narradores españoles de hoy.</i> José María Pozuelo Yvancos	451
José Luis Calvo Carilla: <i>Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual.</i> Gemma Pellicer y Fernando Valls	453
Francisco Luis del Pino Olmedo: <i>El viejo León. Tolstoi, un retrato literario.</i> Mauricio Wiesenthal	455
Pedro M. Moreno Pérez: <i>Stefan Zweig, cumbre apagada.</i> Benjamín Jarnés	457
Sergi Doria: <i>En la ciudad sumergida.</i> José Carlos Llop	460
Pedro Luis Ladrón de Guevara: <i>La oca al paso (noticias desde la oscuridad que estamos atravesando).</i> Antonio Tabucchi	462
Ángel Rodríguez Abad: <i>Ensayos.</i> Fernando Vela	465
Lourdes Toledo: <i>Escribir y callar.</i> Nuria Amat	468
Germán Cano: <i>Irà y tiempo. Ensayo psicopolítico.</i> Peter Sloterdijk	470
Rubén Benedicto: <i>El Estado social.</i> Ignacio Sotelo	473
Germán Cano: <i>Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos.</i> José Luis Pardo	475

La fábula y la vida: el vigilante Rosendo Tello

Almudena Vidorreta Torres

EL escritor de versos es aquel que mira con ojos renovados las mismas cosas que todos ven; que se encuentra, como la voz de Rosendo Tello en la evocación de su infancia, en una encrucijada de caminos circulares cada vez que posa el tacto en un solo punto cualquiera de la tierra, cada vez que decide hacia dónde dirigir sus pasos. *Quomodo fabula, sic vita*. Así desde las páginas inaugurales de sus memorias, su particular repertorio de experiencias transformadas en palabra. Sin embargo, en la poesía anhela convertirlas en mito, echando mano para ello de sus lecturas. Si hay un destierro, ha de ser como el de Eneas; si un viaje, como el de Ulises, personaje predilecto en el *Libro de las fundaciones* (Barcelona, El Bardo, 1973) o en *Baladas a dos cuerdas* (Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1979); y si un cantor, lógicamente, como Orfeo.

Se propuso desde el primero de sus libros, *Ese muro secreto ese silencio* (Zaragoza, Colección Orejudín, 1959), que las fronteras fueran mínimas entre su manera de encarar la existencia y el poema, compromiso que reafirma con el segundo, *Fábula del tiempo* (Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1969). No es casual, además, que se haya visto en otro de sus libros, *Más allá de la fábula* (Madrid, Huerga y Fierro, 1998), el detonante de una etapa nueva en la producción del poeta. Ya rondaba antes en la cabeza de Rosendo Tello el nombre de un ciclo, de un marbete que amparase su obra total, como aquella a la que aspirasen en

su momento Juan Ramón Jiménez o Cernuda (de los que se ha declarado devoto en determinadas ocasiones, y a los que ha dedicado algún que otro estudio). Su realidad y su deseo son, respectivamente, estar vigilante y captar la fábula, crearla. O, mejor dicho, re-crearla. Al leer *El vigilante y su fábula* (Zaragoza, Prames, 2005) se tiene la certeza de que no existe título más acertado para reunir toda la obra de esa vida, tanto más cuando se conocen las memorias del poeta: *Naturaleza y poesía. Memorias (1931-1950)* (Zaragoza, Prames, 2008). Su realidad y su deseo son, asimismo, la naturaleza y la poesía.

Cuando otros pudieran hablar de carencias en el entorno que le vio nacer y crecer, él empuña el verso desde la modestia de su origen y no se lamenta por nada, sino que, al contrario, desea fundirse con el árbol, con el pájaro, y ser viento, y ser raíces. *Vita somnium*, especialmente a través del filtro calderoniano, al que remite reiteradamente en sus memorias. Sueña despierto desde *Ese muro secreto ese silencio*: «Al despertar / me ha entrado el corazón en este sueño / y no sé qué pensar y no sé qué dormir». «Somos tierra de sueño», decía en *Fábula del tiempo*, «mar de sueños», en *Meditaciones de medianoche* (Zaragoza, Olifante, 1982), y «caricias de sueño» también, siempre mirando hacia arriba, «De la tierra al sueño» (*Paréntesis de la llama*, Zaragoza, Colección Poemas, 1975). Aunque más que aspirar a ese estadio superior, a un lugar de posibilidades infinitas, el camino termina en nuestro mundo y su empeño en comprenderlo.

La impronta surrealista se deja notar en sus comienzos literarios, de la mano de otros poetas del Niké como Manuel Piniellos o Emilio Gastón, y a la sombra de Miguel Labordeta, paradigma de todo el grupo, al que dedica probablemente uno de sus mejores poemas: «El poeta», en *Baladas a dos cuerdas*, cuyas páginas dan cabida también al texto «Niké». Era, según confiesa, su forma de enfrentarse a la monotonía, tomando como escudo la sinestesia: «Qué haré yo para serte dónde iré / abejas por labrar este sendero que me cruzas / tus dedos tan a punto con la herida». La búsqueda de ese tono melancólico teñido de imposibles da lugar a oraciones extensas y versos zigzagueantes, a mitad de camino entre la épica y la lírica, incardinando la historia de los hombres y la de sus deseos. Sabe, como buen lector de Virgilio, que siempre entre las dudas están la esperanza y el miedo, con un resabio existencialista propio de su generación. El «entusiasmo» con el que dice poder resumir el espíritu vivido en el Café Niké se veía empañado por la falta de libertad fuera del mismo. Mitigar el malestar que el régimen imponía podía ser

tarea más sencilla con ayuda de los libros no permitidos, que más tarde serían iconos líricos de la posguerra.

Sus miradas al pasado ofrecen, entre otros asuntos, un vistazo a las ruinas como los clásicos grecolatinos y los poetas barrocos: «Ruinas, espacio virgen donde la luz cansada / de las formas desiste. Materia o esqueleto / de tanta altura regia, morada a cuya sombra / husmean los lebreles lentos de la memoria» («Ruinas», *Más allá de la fábula*). Pero intuye a un tiempo el futuro colmado de ilusiones: «Así, quien viva / verá que de estas piedras macilentas / no ha de quedar ni el polvo bajo el sol». La arquitectura como tema literario es solo un pretexto para rescatar las emociones de un ayer cuya verdad se mezcla con la literatura (valga como ejemplo el poema «Madrigal», interpelando a un Atica de arcos y dioses *letraheridos*, ligados a la tierra en su libro *Fábula del tiempo*). En muchos de sus poemas conviven simultáneamente la nostalgia, la ilusión y la expectación, provocadas por un tiempo tan determinante para los ojos de un niño como la guerra civil. Permanecer interno en el seminario de Alcorisa, pese a las perspectivas, provocó otro sinfín de aventuras que parecen irreales años más tarde. Después, el de Zaragoza sería otra historia. Los libros prohibidos por los que salió de allí dejan su huella imborrable en abundantes poemas: Rubén Darío, Lorca, Machado... Con su lectura retorna a aquellos días que evoca como si se tratase de un momento vetusto o una era antiquísima, imposibles de sentir con plenitud. Toda su escritura es un grito desgarrador modulado por el poeta, consciente de que su búsqueda es eterna e insaciable, y su retroceso, imposible a pesar de los amagos. Conforme con su estado, el descubrimiento no parece traducirse en rebeldía, sino en verso.

El paso del tiempo está presente siempre, sobre todo en *Hacia el final del laberinto* (Zaragoza, Prames, 2005), un libro escrito desde la experiencia y «el peso de los años», como titula uno de sus poemas. Atravesadas las dificultades, visto ya todo con más calma y perspectiva, las décadas son calles, arrabales y piedras vetustas. Hay una gama cromática que recorre el tránsito incesante que va desde los colores vivos del comienzo, el verde y el amarillo de los primeros libros, hasta el gris y negro que se preponderan en este y en *Consagración al alba* (Zaragoza, Lola Editorial, 2004). Pero, hasta entonces, y en general, se trata un tiempo cíclico, en parte materializado por el guiño de las citas iniciales de sí mismo, de las piezas encadenadas del rompecabezas que es su obra, remitiendo bien a un volumen previo, bien a otro por venir. Es el eterno retorno de la naturaleza que plasma, el tiem-

po de sus ancestros, como en esos versos últimos de *Las estancias del sol* (Zaragoza, Prensas Universitarias, 1990): «¡Oh, tiempo del olivo y de la viña, espacio fronterizo / en que el hombre vigila sus sembrados con hogueras!».

El motivo del fuego es recurrente, en forma de «humo» y «lumbre», término que se repite en *Paréntesis de la llama*, su segundo libro, y con el que juega como Huidobro en *Altazor*: «lumbre malumbre lumbre». Gusta de las epanadiplosis que remiten a esa constante cronológica, a esos periodos repetitivos: «mi soledad de ser bajo campanas / campana de la sombra, / o sombra con campanas...» (*Fábula del tiempo*). Las fuerzas telúricas subyacen bajo el arranque del poema, las pausas métricas y las cesuras. Hay una voz bucólica que quiere conectarse con la tierra, a la que no termina de ceder el protagonismo: su proyecto literario otorga la primacía a las letras. El árbol que la naturaleza le obsequiaba se trasluce en la *dispositio* del poema «Manzano» en *consagración al alba*, dándole sentido pictórico a los versos en un intercambio constante entre las artes plásticas sobre el que volveremos. Ese carácter lúdico de la escritura corre parejo al de la vida, porque esta es una representación, cual poema, única e irrepetible. La armonía del mundo, ordenada por el poeta, ha de semejar la de su obra.

En su camino no anda solo y, del mismo modo que recuerda con afecto a los amigos de la infancia y a algunos compañeros del seminario, a maestros como José Manuel Blecuá (al que dedica *Baladas a dos cuerdas*), Eugenio Frutos o Félix Monge, lo hace con los componentes de la OPI (Oficina Poética Internacional) y los alumnos del colegio Santo Tomás de Aquino, en el que fue profesor. Como él mismo ha señalado, las experiencias que compartieron marcaron un antes y un después. No anda a la zaga del surrealismo la *devotio* que profesa por la filosofía; no en vano, si hacemos caso de *Naturaleza y poesía*, desde niño gustaba del planteamiento de diálogos siguiendo el estilo de Fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*. Las intervenciones en estilo directo configuran un elevado conjunto de toda su obra, aunque sea para interpelar desde la primera persona a una multitud que se confunde con los lectores.

Destilan equilibrio sus composiciones, como subrayara Antonio Pérez Lasheras en la enjundiosa aproximación al autor y su obra que escribió para la antología consultada *Poesía aragonesa contemporánea* (Zaragoza, Mira Editores, 1996). Los ejercicios con pies métricos grecolatinos de los que habla en las memorias dieron su fruto, también en los poemas que aparentemente escribe en prosa: una lectura analítica revela en muchos casos una métrica subyacente, una puntuación acorde con el endecasílabo y el heptasílabo, a modo de silva, como en «Concolorcorvo» (*Baladas a dos cuerdas*).

No cabe duda de que sus conocimientos musicales y la destreza de sus dedos al piano se contagian a la pluma cuando escribe. La música se convierte en un remedio para atemperar las preocupaciones. Esa afición se deja notar no sólo en la sintaxis y en la métrica, sino también en los motivos semánticos: hay «canciones» y «melodías» de las que son ejemplo los títulos de los libros y sus partes, como las *Baladas a dos cuerdas* o el *Libro de las fundaciones*. Canta en soledad, al igual que toca un instrumento o escribe: «Canción del solitario» (*Cabaña de la luz*, Zaragoza, Rolde, 2002). Se describen distintas manifestaciones de la «música» y su aprendizaje, como en *Augurios y leyendas de un tiempo que se va* (Zaragoza, Prames, 2000), en *Más allá de la fábula* y en *Confesiones en vísperas de domingo* (Zaragoza, Instituto «José Manuel Blecuá», 1996). En este último se rescatan además las doctrinas pitagóricas y se quiere percibir la música de las esferas: «Quizás no es esta música la que organiza el mundo, / la que araña en la arena de un alma atormentada, / sino el espacio libre de unos ojos que no verán por ella» (los tres primeros versos del poema titulado «La magia de otra música»). A veces, para escucharla, se miran las estrellas en el cielo de Letux porque, como decía el escritor en sus memorias, «la noche es el ámbito propicio para los embelesamientos musicales», y «Hacia la noche oscura» quiere dirigirse en ese mismo libro, con ecos indudables de San Juan de la Cruz. Se había preguntado en *Baladas a dos cuerdas*: «En la noche infinita, ¿quién me acompañará?», donde hay un trasfondo simbólico de la falta de luz, de la ausencia de Sol. En ella viene el sueño, y este «es una noria» donde las palabras se convierten en un «ronco cencerro».

Consta una conciencia metafísica difícilmente sorteable a lo largo de toda su obra, aunque especialmente marcada en los primeros títulos. La amalgama de temas se asemeja a un cosmos capaz de aglutinar en una tierra sin fronteras todo el tiempo, a todos los hombres, sus ideas y su arte. Le gusta trastocar aquella expresión horaciana convertida en máxima: *ut pictura poesis*. Esa música que siente es la comunión de las disciplinas artísticas, de la misma forma que parece serlo la poesía, puesto que la escritura se alza por encima de cualquier otra manifestación. En *Hacia el final del laberinto*, además de la cita propiamente dicha de la *Epístola ad Pisones*, hace unas «Reflexiones tardías con música de fondo» que se inician con las palabras «ut musica poesis».

Obnubilada, la voz lírica se identifica con los instrumentos que afina y hace de su propio canto un instrumento, volviéndose Orfeo, cantor experimentado capaz de entonar su lamento desde

los infiernos en *Consagración al alba*. Escucha otras voces y otras melodías de la tierra, del monte y de los árboles, que no tienen siempre la respuesta adecuada: «Siempre había un lugar para el encuentro / pero nadie me daba razón de aquel lugar. / A nadie interesaban esas cosas extrañas / que se dicen callando, a media voz». Va cantando hacia un lugar donde su enamorada le espera para no separarse ya nunca, remitiendo a Eurídice. Su voz y su canto son de sentimiento, haciéndose eco de los de otro tiempo.

Pronto profesa una correspondencia similar hacia la mujer que ama, porque también está ella como tema literario. En sentido alegórico es la encarnación de la felicidad. A Maribel, compañera de Rosendo Tello, se le dedican, entre otros, *Fábula del tiempo* y las memorias, como casi toda una vida; Isabel, su hija, es dedicataria de *Paréntesis de la llama*. Ambas terminan funcionando como dos miembros más de la familia que tantos poemas protagoniza, con destacada predilección por el padre y el hermano. Pero dentro del cuerpo propiamente dicho de los libros, hay una «Maga» y una «diosa» que dicen acompañar al hombre, que van apareciendo a lo largo de la producción del poeta como símbolo de un ideal inalcanzable y como musa incandescente con la que buscar el Parnaso. Arrebata su lugar al «Dios oscuro que muere / cuando la diosa nace», versos de *Las estancias del sol* con los que abre su libro *Más allá de la fábula*. Desde *Ese muro secreto ese silencio* tiene claro que Ella tiene las riendas de su sentimiento: «Paseabas tus vasos de alegría / volcabas mi pasado en una imagen de ternura / oh diosa que despiertas mis sueños de tristeza».

Los interrogantes se hacen más numerosos y nítidos con el devenir de las obras y, con ellos, las preguntas encuentran cada vez menos respuestas. Cuando parece haberlas, son enigmáticas, paradójicas, valedoras de la verdad que albergan y réplica de la enseñanza, por ejemplo, de Santa Teresa, matizada por voces más modernas como la de José Martí: «Qué dentro ya de mí y qué fuera del mundo», se lamenta en *Consagración al alba*. Otros símbolos denotan también esa transformación de madurez: lo que era marea de pasiones, «mar que desespera» en *Ese muro secreto ese silencio*, evoluciona hasta otro «que es el morir» manriqueño, para el que hacen falta salvavidas, barcos o islas en las que refugiarse cuando se llega a *Consagración al alba*. Circula hacia la calma atravesando el paso del tiempo y las palabras, escribiendo su propia Isla de la Inmortalidad a la manera de Gracián, tras la que tal vez esté la eternidad: «Todos, concordes, empujando el barco / hacia las islas». Allí, cumpliendo los tópicos, está el amor verdadero y, al hilo de la referencia hecha a *El Críti-*

cón, llega cansado de tanta vivencia, exhausto del exceso de pasión. El poeta ha experimentado su propia *peregrinatio vitae* hacia un lugar misterioso y mágico, como en la novela bizantina, en busca de un merecido descanso de senectud, cuyos sinónimos se van multiplicando poco a poco. Porque, como se preguntaba Lope de Vega en *El peregrino en su patria*, «Quien no ha peregrinado, ¿qué ha visto? Quien no ha visto, ¿qué ha alcanzado? Quien no ha alcanzado, ¿qué ha sabido? ¿Y qué puede llamar descanso quien no ha tenido fortuna o por la mar o por la tierra?». Ya la llegada a la gran ciudad se le presentaba como un mundo de posibilidades, metáfora de su formación cultural. En todo caso, el verdadero sentido de la peregrinación no es ese final al que parece encaminarse, sino el itinerario que le lleva al mismo.

Por ideología política no puede adscribirse otra que la lírica, como se desprende, además de en sus memorias, en algunos de los fragmentos de su *Epitalamio elegiaco a Aragón*. La escenografía regional da cabida a muchas anécdotas que se desarrollan en el entorno del poeta: Letux, Huesca, Montearagón y los Pirineos (*Paréntesis de la llama*), Valdespartera, Delicias y el Moncayo (*Baladas a dos cuerdas*). Pero se trata de una geografía transformada según su propia concepción, y en *Epitalamio*, se dice: «Yo no tuve Aragón, pues hube de hacérmelo a mi imagen y semejanza, con frecuencia de espaldas a su voz bronca, a su gesto de piedra y de alma en la piedra roída por el viento». La tierra de Rosendo Tello es elevada a la categoría de mito en su poesía, al igual que los personajes y la acción participan del simulacro de la vida que representa su literatura. Ese camino es variable, puesto que su decurso depende del protagonista, que va evolucionando con la acumulación de experiencia.

En su obra discernimos, al fin, como en *Del vigilante y su fábula*, un andamiaje argumental a caballo de modelos distantes en el tiempo pero convergentes parcialmente en contenido. Por una parte, parece recorrer los estadios de Kierkegaard, con la estética, la ética y la religión, pero hay también un recuerdo estructural de los poemarios áureos cuyas secciones discernían lo profano y lo divino. Su madurez poética transmite el equilibrio de todos esos aspectos, administrados por la pluma reposada de quien es capaz de contemplarse, analizar sus textos y ponerles las advertencias necesarias para comprender lo que no está escrito.

Cualquiera que eche un vistazo a las reseñas que aparecieron con motivo de la publicación de su obra poética reunida puede percibir el repaso lineal que se ha hecho últimamente de su producción, sin duda coherente, como destacaba Javier Ra-

reiro. Y también es posible hacerlo respecto a su trayectoria vital, como hizo José Luis Melero a raíz de la publicación de las memorias. Es interesante leer los dos volúmenes al mismo tiempo, algo que fomenta el escritor. Costumbres como las del autor, volcado en la poesía, impiden la espera al final de sus días para dar a las planchas una producción articulada según el itinerario vital. Pero sí se ha recuperado una suerte de *canzoniere* en esa idealización subjetiva: lo más importante que ha vivido, expuesto en prosa, ha dejado huella en un poema. Cual manual de instrucciones, Rosendo Tello va indicando qué escribió en cada ocasión, sembrando de versos su biografía, para lo que emplea fórmulas como esta: «Así lo expresaría en un poema mío».

A medida que relata sus recuerdos, rescata algunos de los poemas que nacieron del momento en cuestión. Emulando ese propósito concluyen estas líneas. Quizás un repaso temático, al hilo de los tópicos y arquetipos recurrentes en su poesía, haya dejado en el tintero demasiados aspectos importantes. Algunos, incluso, son elementos protagonistas en su formación y copan por sí mismos numerosas páginas de sus memorias. Aquel jovencito que se reía de manera irreprimible en los momentos más inoportunos, apenas si sonríe en los poemas de madurez. Será que la vida es seria. O será, sin lugar a dudas, que Rosendo Tello se toma la poesía muy en serio. Al fin y al cabo, como él mismo repite, esa ha sido su dedicación fundamental.

Omitimos el tema del humor pero también de lo inefable. En este repaso habría que retornar a los comienzos, a lo que resta como consecuencia de la estancia en el seminario y de tantas otras experiencias: *Ese muro secreto, ese silencio* (1959). Mucho más tarde, en *Caverna del sentido* (Zaragoza, Dirección Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia, 1992), «Se oye un trote lejano de cascos en el viento / y un sollozo de ninfas sobre los arenales / donde el mar centellea», mientras que el mundo da la llamada por respuesta. Pero, incluso para escuchar ese silencio, hace falta estar atento y vigilante, como el poeta Rosendo Tello.

